

Introducción

Quizá nunca faltarán agoreros de pesimismo sobre la vida en sociedad, pero tampoco quienes piensen que es posible una paz duradera, siempre que sea consecuencia de la justicia y del amor, que realiza la justicia y da más.

San Agustín definió la paz como “la tranquilidad del orden” (*tranquilitas ordinis*). No un orden impuesto desde fuera. Es el resultado de la suma de actuaciones libres de individuos con la cabeza y el corazón ordenados; y no por otros: por ellos mismos. Habría que jubilar aquel “si vis pacem, para bellum” (si quieres la paz, prepara la guerra). Poner en cambio: “si vis pacem, esto justus et ama”, si quieres la paz, sé justo y ama.

Orden es el modo funcional de proceder. El desorden destruye. La segunda ley de la termodinámica dice que la cantidad de entropía en el universo tiende a incrementarse con el tiempo. La entropía es el desorden molecular de un sistema. Si no hubiera entropía, no harían falta plumeros. Si no hay un trabajo constante de limpieza, la suciedad crece en grado exponencial. La basura llama a la basura.

El orden no es imposición, sino una combinación de necesidad y de elección personal. Lo sabían los antiguos: “*Serva ordinem et ordo servabit te*”, guarda el orden y el orden te guardará a ti”.

Aristóteles, en el primer libro de la *Metafísica*, escribió que “es propio del sabio ordenar”. Sin orden, que es el adecuado modo de proceder, no se obtienen conocimientos válidos. Cualquier investigación es una sucesión ordenada de trabajos. Se requiere el orden para que pueda saltar la chispa “desordenada” de la invención.

La “tranquilidad del orden” que es la paz en una sociedad determinada depende de lo que se *piensa* –las ideas que se tienen–, de lo que se *cree* y de lo que se *ama y desea*.

La convivencia social es un bien, que puede considerarse una fiesta. En las fiestas la gente suele querer estar juntas. Hay también, y es lo común, la paz de lo cotidiano. Con la paz sale a flote la hondura del día a día, lo que tanto se añora cuando falta; pasear libremente en la ciudad o en el campo, salir de noche con tranquilidad y seguridad, estar en casa sin miedos, sin peligro de intromisiones, que los niños y niñas puedan jugar tranquilamente en los parques. Son cosas que, al hacerse rutina, no se valoran en lo que valen. La

paz que es el objetivo de la política no es una paz genérica y abstracta, sino esta paz menuda del día a día.

¿Qué se necesita para que haya esta paz y concordia social? En lo político, la suma de buenas ideas, buenas creencias y buenos afectos.

Como Aristóteles, que en *Metafísica*, escribe sobre “la ciencia que buscamos”, aquí se trata del “pensamiento que buscamos”. El pensamiento político que buscamos no resultará una ideología al uso, porque no será un mix de medias-verdades, trampas y ocultamientos. No será tampoco la inspiración de un partido político, porque los partidos políticos no suelen estar acostumbrados a la profundización del pensamiento. Podría cumplir tres funciones. Primera, servir de criterio individual, personal, para juzgar el valor de los contenidos de las ideologías políticas existentes, una tarea de clarificación quizá útil a la hora de emitir el voto. Segunda, aunque mucho más difícil e improbable, para que los partidarios de las ideologías políticas existentes revisasen o corrigiesen algunos de sus planteamientos, muchas veces caducos y que solo se sostienen por la inercia de la burocracia de los partidos: en las ideas políticas se ha avanzado muy poco desde el siglo XIX a hoy. Tercera, para que quienes siguen las distintas

caras de los populismos que hoy (re)-aparecen, superen su simplista demagogia.

De eso trata este ensayo: del pensamiento político que buscamos ante la insuficiencia de las ideologías que conocemos.

1. Clarificar *idea*

Idea, que se dice tan cual en griego, tiene el significado de *visión* en el dominio del conocer. Por la idea se *ve*, se sabe algo. Decir "es que no lo veo" es equivalente a "no tengo idea", "no lo sé".

Con frecuencia se actúa por impulsos, por pasiones, por sentimientos, por prejuicios o por estereotipos, "sin tener idea". Quizá es más cotidiano que se actúe según la idea que tenemos o que nos hemos hecho de aquello en lo que queremos intervenir con la acción. "Tengo una idea", "se me ocurre una idea", "veamos si esta idea funciona" van en ese sentido.

La idea se suele representar como una bombilla que se enciende. Es un símbolo bien traído: hay luz y por tanto se ve. A veces la idea no se acaba de ver: "aún no me hago idea" o "no he dado todavía con la idea". También se dice: "aún no me hecho a la idea"; y en ese caso la idea ya está: lo que falta es la actuación requerida después de haber tenido la idea.

La visión que supone la idea a veces es clara ("ideas claras"). A veces, no: de ahí lo de "una idea confusa".

Lo-que-se-ve, las ideas, si están contaminadas por prejuicios, estereotipos, sentimientos turbios y pasiones confusas, es corriente que se presenten como “ideas peregrinas, descabelladas, desconcertantes”... y toda una recua de adjetivos. Cuando la idea no conduce a nada positivo se dice es “una mala idea”. En el ámbito de la conducta hay quienes suelen tener “muy malas ideas”, indicio de la intención de pasar de la mala idea a la mala acción.

Conocer adecuadamente algo es ordenar las ideas que se tienen al respecto. Un conocimiento objetivo, creciente, aunque nunca se pueda dar por terminado, de la realidad física y del mundo humano es el objetivo de las ciencias, en toda su pluralidad de métodos y por tanto de especializaciones.

En otra visión de la idea hay que remitirse a Platón, cuya concepción del “mundo de las Ideas” ha influido en filosofía hasta hoy. Esas ideas platónicas están en el mundo hiperuránico, fuera del tiempo y del espacio, en la eternidad. Allí están las Ideas de las que las cosas de este mundo son participación, aunque imperfecta. Y por encima de todas las Ideas eternas, la Idea de Bien, que incluye la de Bello y Verdadero. Ese es el mundo *ideal*, al que se puede aspirar. Desde entonces se habla de *ideal* (mujer ideal, hombre ideal,

mundo ideal, peso ideal) y, en plural, de *ideales*, como un conjunto de realidades valiosas, aun no del todo existentes, pero a las que es noble aspirar.

Quien cree que los ideales son posibles es una persona idealista y, aunque a veces la palabra tiene una connotación ligeramente peyorativa (sinónimo de "iluso"), para el recto y sensible corazón es mejor ser idealista que cínico.

Algo que ver con el platonismo es la corriente filosófica llamada *idealismo*. El primer representante importante fue Descartes, en el siglo XVII. Hasta entonces era habitual lo que, sin más puede llamarse *realismo*, muy claro en Aristóteles: las cosas están ahí y por eso las conozco. Descartes, en cambio, en el *Discurso del método* se propone "no admitir como verdadera cosa alguna como no supiera con evidencia que lo es, es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención; y no comprender en mis juicios nada más que lo que se presentase tan clara y distintamente a mi espíritu, que no hubiese ninguna ocasión de ponerlo en duda". En el idealismo de Descartes se pone como evidencia primera el "pienso"; y concluye: "luego existo". Pero nótese que ese "existo" quiere decir "existo como ser pensante": soy alguien que piensa,

siente, quiere.... Que tenga un cuerpo tiene que ser demostrado después.

Como esto es un ensayo y no un estudio filosófico, bastará decir que el idealismo dominó en gran parte la filosofía en los siglos XVII a XIX y poco a poco se fue extendiendo a la cultura con diversas formas, una de ellas el romanticismo, al menos en algunas de sus corrientes. Desde entonces y hasta hoy mismo ha sido muy usual ver todo o casi todo desde la óptica del "yo": no ya que la realidad se impone al ser humano sino que el ser humano construye la realidad.

La verdad es otra: el ser humano puede creer que construye la realidad, pero no es así; la realidad extramental es más resistente de lo que muchos piensan. La realidad, en muchos ámbitos, se impone, piense o quiera lo que piense o quiera el ser humano. Podemos tener nuestras propias opiniones, pero los hechos se nos imponen. Con un ejemplo pedestre: hay que comer y no basta con opinar que se ha comido. Tampoco basta pensar que me muevo: he de hacerlo físicamente, por el propio pie o con algún medio de transporte. Es verdad también que en otros ámbitos, los que dependen de la libertad, lo que piensa y quiere el "yo" tiene un amplio espacio.

Del idealismo del “yo” nace casi naturalmente el relativismo, porque, si cada uno forja el mundo a su gusto, no podría decirse que haya un patrón objetivo, que sería la verdad. A lo más que podría llegarse es a una cierta coincidencia, a un consenso, que suele darse en asuntos en los que, de no ser así, se desarrollaría un caos social o, como escribía Hobbes, “una guerra de todos contra todos”.

El relativismo no puede ser, porque dejaría de ser relativismo. Si en enunciado “todo es relativo” se propone como verdad, ya habría una verdad que no sería relativa. Si no se propone como verdad, “todo es relativo” es un juicio infundado o quizá un desahogo.

Parece que hay relativismo (subjetivismo) en aquello que depende del ejercicio de la libertad individual (y no hay otra). Pero la libertad está siempre condicionada por la realidad. No es relativo que el ser humano, en su corporeidad, sin aparatos añadidos, pueda volar o no. No puede, sin más. La sonrisa de un niño, sus balbuceos, el aprender los primeros pasos no es algo relativo según las diversas culturas o a lo largo de la historia. Ha sido siempre así: es una constante humana.

Hay cosas que cambian, pero otras, son constantes, aunque parezcan nuevas cuando un individuo las experimenta por primera vez.

Valga un ejemplo por todos: el amor. Quien se enamora puede pensar que está inventando el amor (y así es, para él o ella), pero la realidad "amar" es tan antigua como el ser humano.

2. La ideología política, inevitable

El término *ideología* se debe al francés Destutt de Tracy (1754-1836), un marqués partidario de la Revolución Francesa y después enemigo de Napoleón. En 1801 empieza a publicar sus *Éléments d'idéologie* como una ordenación del saber humano. Escribe: "el espíritu humano marcha paso a paso siempre; sus progresos son graduales, de tal suerte que ninguna verdad es más difícil de comprender que cualquier otra, cuando se conoce bien lo que las precede. La ininteligibilidad está en función de la distancia respecto a lo que ya conocemos. Pero no hay distancia mayor entre la verdad más sublime y la que inmediatamente la precede que entre la idea más sencilla y la que inmediatamente la sigue; como no hay mayor distancia entre el 99 y el 100 que entre el 1 y el 2. La serie de nuestros juicios es una cadena de eslabones iguales".

La propaganda napoleónica arremetió contra Destutt de Tracy y sus no pocos seguidores calificándolos de "ideólogos", en sentido peyorativo, cosa que, en algunos usos del lenguaje, aún perdura. Y, como se verá en seguida, también para Karl Marx.